

CAPÍTULO 13

Salí al patio por unos pañales que estaban en el tendedero. En medio del silencio escuché el rechinido del portón del patio posterior que conectaba con un callejón. Ahí había una bodega para guardar la mercancía de la tienda. Oí la voz de mi marido dando órdenes a uno de los mozos. A distancia no escuché qué le decía, parecía enfadado.

Llamó mi atención que ocupara esa entrada, nunca lo hacía. Llegó con Miguel y tres personas más. Se metieron a un cuarto ubicado dentro de la bodega. Discutían acaloradamente; parecía un tema delicado. Me acerqué sigilosamente, por la ventana vi que Bladimir se secaba el sudor con un pañuelo que sacó de la bolsa trasera de su pantalón. Parecía nervioso. Lo mismo hizo otro de sus amigos, el de tez morena, pelo crespo, ojos saltones. Al cabo de una hora salieron por donde entraron, los despidió Bladimir. Apenas se levantaron de sus asientos me metí a la casa. Regresé al patio para provocar un encuentro casual con Bladimir. Fingí estar buscando un comal de barro que semanas antes había comprado en el mercado, para cocer unas tortillas gigantes rellenas de frijol con chicharrón.

—¿Qué tal te fue, amor? Qué bueno que regresaste temprano —le dije a mi marido con la intención de armar plática.

—Asuntos de negocios que traigo con estos amigos —me contestó con voz nerviosa—, recuerda que lo de los negocios lo traigo en la sangre.

Me miró con cierta complacencia.

—Cambia esa cara de preocupación —me dijo forzando una sonrisa antes de entrar a la casa—, no veas fantasmas donde ni sombras hay.

—No estaba preocupada, supongo que tuviste un arduo día de trabajo y de negocios. Me siento orgullosa de ser tu esposa —rematé.

Lo tomé del brazo, no me rechazó. Los dos subimos por la escalera. Se veía preocupado.

—Pues sí... un día bastante agitado... —habló Bladimir sin apartar la vista del piso—. Cerramos un buen negocio, tuvimos que trasladarnos a un lugar a horas de aquí.

—Después de ver a mi hijo me voy a bañar. Por favor ordena que me preparen el baño —me dijo sin mirarme a la cara—. Te aviso que mañana salgo a la frontera, voy a ver si importamos granos de Estados Unidos para venderlos en San Luis Potosí, ya ves que ahí el grano se les ha escaseado. Quiero aprovechar esa oportunidad de negocio.

Las palabras de Bladimir sonaban poco convincentes, no me quedaba la menor duda que mi marido ocultaba algo.

—Salgo mañana a las ocho de la mañana, ordena que me preparen el desayuno, ya saben qué me gusta comer cuando salgo de viaje.

—Sí, no te preocupes, Bladimir, personalmente estaré pendiente que las cosas se hagan como tú lo deseas —le contesté.

—¿En que se van a ir? —pregunté.

—Nos vamos en el auto de un amigo empresario de Veracruz. Invité a tu papá pero anda muy ocupado con un negocio que traemos entre manos. Debo descansar bien, ya sabes lo cansado que son los viajes largos —no respondí.

Esa noche eché a volar mi imaginación; pensé que a pesar del desamor con el hombre con el que me casé contra mi voluntad, tenía la esperanza que algún día entrara por la puerta la ansiada felicidad. Segura estaba que algo ocurriría que ablandara el corazón de mi marido, y se convirtiera en un hombre bueno y cariñoso. Tenía fe que su hosquedad amorosa mudara a una mejor actitud conmigo. Sentía que la falta de comunicación y amor estaba dañando mis sentimientos. El daño no era mayor porque tenía a mi hijo; confiaba que Dios no permitiría que mi alma continuara sufriendo.

Debía levantarme temprano; tenía el compromiso de despedir a mi marido. Sentía la obligación de complacer a mis papás comportándome como una mujer que ama a su esposo. Tenía mucho sueño, me persigné, miré el reloj, lo imaginé con las manecillas marcando las siete de la mañana en la posición que se encontrarían la mañana siguiente cuando compartiera el desayuno con Bladimir y con quienes lo acompañarían durante el viaje.

El despertador sonó a las siete de la mañana con quince minutos. Abrí los ojos, me incorporé rápidamente, me asomé por la ventana, “será un día soleado”, pensé. Me levanté dos veces durante la noche para atender a mi hijo. Escuché el canto tardío de un gallo.

Estaba en la cocina cuando llegaron Miguel y otra persona. Los recibió Bladimir. Sirvenda tenía la mesa puesta. Me acerqué al comedor, se levantaron para saludarme. Me senté a la izquierda de Bladimir, no a la derecha como de costumbre. Mi lugar lo ocupaba Miguel, así lo dispuso mi marido. Miguel y yo quedamos frente a frente. Había prisa para desayunar. Bladimir estiró el brazo para tomar la cafetera de peltre azul con el humeante café; los acompañantes acercaron sus tasas, le sirvió a cada uno. Él decía que el café preparado en olla de barro adquiriría diferente sabor, que el aroma mejoraba. La cocinera hizo para mí chocolate batido con molinillo de mano.

—¿Te sirvo el chocolate? —inquirió Bladimir.

—Sí, por favor —respondí sonriendo—. Acerqué la taza.

—Veo que hay pan de huevo como el que yo comía cuando era chica.

—Lo compró Miguel para ti. Lo mandó hacer en la panadería de don Chón.

Mi marido esbozó una sonrisa, volteó a verme, me acercó la cesta de pan para que tomara la pieza que solía comer.

—Toma el pan de tus gustos, es tu oportunidad —reímos.

Tomé mi pieza de pan. Luego, Bladimir acercó la cesta a Miguel para que hiciera lo mismo. Se miraron maliciosamente.

—Gracias jefe —expresó Miguel.

—La semana pasada —acentuó el muchacho en tono aclaratorio—, mandé hacer de este pan, deseaba cerciorarme que lo hicieran como el que comía usted cuando era pequeña, jefa.

—Sí, quedó exactamente igual, agradezco mucho la cortesía de tu parte, Miguel, muchas gracias —repetí en tono de cortesía.

El joven asintió con la cabeza; sonrió con discreción, volteó a su izquierda, observó con detenimiento la reacción de su patrón. Las tortillas que comíamos se elaboraban en un anexo de la cocina; el horno de leña les daba un sabor más apetecible. La señora encargada de hacer las tortillas a mano y las salsas de molcajete, era de constitución fornida; de tez morena; originaria de una ranchería en la que todas las casitas eran de madera. A los trece años aprendió a hacer tortillas a mano en comal de barro. La salsa la machacaba en molcajete de piedra.

Ese día llegó temprano a la casa un chico como de 22 años, lo convocó Bladimir; le dio instrucciones de ayudar a servir el desayuno. No había necesidad, Sirvenda lo hacía bien, sin fallas y se daba abasto. Le decían Nato. Era alto, delgado, trigüeño, de brazos largos, semblante afable. Durante el desayuno estuvo al tanto de lo que hiciera falta. Surtió tortillas y agua de sabor. Todo el tiempo se mantuvo atento a cualquier señal de alguno de nosotros. Bladimir no me comentó nada de ese joven ni por qué lo llevaba para una tarea que no requería más personal.

El nuevo sirviente había cumplido seis meses de trabajar en la casa de mi suegra. Se encargaba de surtir la alacena, que en la cocina siempre hubiera café caliente, a las visitas lo ofrecía y lo servía. También hacía mandados. A la familia de mi marido le gustaba que la casa se llenara del olor a café.

Esa mañana desayuné poco, comía solo lo necesario para no subir de peso. Me sentía a gusto conservándome delgada. Mi esposo también cuidaba su figura, ¡más que yo!

—¿Qué te parecieron los chilaquiles, Zalia? —me preguntó mi marido.

—Me encantaron; igual que los bocoles rellenos de chorizo español —expresé mostrando satisfacción y señalando con mis ojos la charola donde todavía había cuatro.

—Por supuesto que quedaron exquisitos —dijo Bladimir—, adivino que los hicieron con manteca de res.

—¡Adivinaste! Sirvenda consiguió manteca de res —agregué—, se la encargó a don Polo, el de la carnicería donde compramos la carne; ayer nos dio la sorpresa de que ya la tenía.

Los tres tomaron las servilletas para limpiarse la boca. Mi marido lo hizo con mejor estilo; yo, como me enseñó mi madre: simplemente con elegancia. Una hora después terminamos de desayunar, Bladimir clavó la mirada en la mesa, agradeció a Dios por los alimentos consumidos, se persignó, con un ademán expresó que debían levantarse; los tres varones lo hicieron al mismo tiempo, yo lo hice instantes después.

—Bueno... es hora de partir —dijo Bladimir a la vez que con la palma de su mano se tocaba el estómago mostrando satisfacción —Miró a su alrededor, dio media vuelta, colocó su mano derecha sobre mi hombro, subió a ver a mi hijo que aún dormía. Nos dirigimos a la entrada principal, Miguel fue el primero en despedirse de mí, le siguió el otro invitado; ambos subieron a la camioneta. Bladimir se despidió de mí con suave abrazo y un beso en la frente. Antes de abordar el vehículo me comentó que durante los días del viaje iba a extrañar las comidas de la casa; volteó a una de las ventanas por la que Sirvenda asomaba la cabeza, se despidió de ella levantando su mano derecha, esbozó una leve sonrisa. Sirvenda correspondió moviendo la cabeza de arriba abajo. Les deseó buen viaje, con su mano derecha hizo la cruz, dijo con voz casi inaudible:

—Que Dios los lleve con bien —Dio media vuelta, retornó al lavadero, tenía ropa que lavar. Era la primera vez que una empleada doméstica saludaba a su patrón como si fuera parte de la familia.

Bladimir regresó para hacerme recomendaciones:

—Si sales de la casa, a comprar o visitar a tus amistades, llévate a Nato para que te acompañe, que te maneje el chofer, si decidieras ir a pie también que te acompañe.

Esa indicación era la confirmación del enclaustramiento. Solo la tristeza podía hablar libremente conmigo. Me sentía tan sola como una gota de agua atrapada entre los pétalos de una flor. Mis padres estaban bien de salud. Recordaba a mis primas que amaban a sus novios con todo su corazón.

El amor que en mi juventud me correspondía fue truncado por gente maldita, sin alma. A pesar de todos los sinsabores no abandonaba la idea que la esperanza podía darme una sorpresa agradable.

En alguna ocasión llegué a pensar que mis padres me habían vendido al tipo que ahora era mi marido.

Cuatro días después, como a eso de las cinco de la tarde, llegó mi marido de su viaje. Estaba en el comedor dándole la mamila al niño, lo tenía entre mis brazos; Bladimir se dirigió a donde estábamos, me dio el acostumbrado beso en la frente, luego se inclinó un poco para hacerle algunos gracejos al bebé, sonrió con su papá.

—Te informo que aproveché ver al obispo para convencerlo de que bautice a nuestro hijo.

—Qué bueno que te has preocupado por el sacramento al niño, es importante.

EL BAUTIZO DE MI HIJO, fue otro gran festejo. Bladimir tenía gran poder de convocatoria, era una de sus virtudes; a cada fiesta que él organizaba llegaban de todos lados, asistían gustosos, se divertían, disfrutaban de los buenos oficios de anfitrión de mi marido. Gozaban de principio a fin. Se esmeraba en atender a sus amistades con trato especial para los de mejor posición económica.

El Obispo, después de oficiar la misa asistió al agasajo. Lo acompañaban cinco clérigos. Para ellos, whisky y coñac. Convivían como cualquier mundano con deseos de disfrutar el momento. Según rumores, el Obispo y mi marido eran socios en algunos negocios. Un ejemplo más de los vínculos económicos de mi marido con gente importante. Por eso todo se le facilitaba, todo lo resolvía. Lamentable que algunas de esas relaciones las haya utilizado para actos reprobables.

A todos les gustó la barbacoa de borrego y las carnes asadas acompañadas con vino tinto y tequila. El obispo le sugirió a mi marido que no se invitara a mucha gente, no le explicó por qué. En la fiesta otra vez fui el centro de los halagos. Mis papás disfrutaban verme contenta. El ágape terminó como a las ocho de la noche; los menos se quedaron hasta las nueve. Llegó una marimba orquesta, se anunciaban como Marimba Chiapaneca. El obispo era de Chiapas, seguramente él sugirió que los contratara mi marido.

La fiesta fue en el salón social del pueblo, el que construyó la mamá de Bladimir y luego lo donó al Ayuntamiento. Antes de la fiesta fue pintado y adornado como le gustaba a la familia de mi esposo. Los colores que predominaban era el rojo, azul y amarillo. Yo me retiré como a las siete de la noche, tenía que atender a mi hijo, todos lo entendieron. Asistieron ciento cincuenta invitados. De no haber habido la condición del Obispo hubieran asistido el triple.

Poco antes que me saliera, una mujer, de unos cuarenta y cinco años, de aspecto elegante, que había llegado de otro lugar, con voz poco audible, como cuidando que nadie la escuchara me dijo:

—Eres un verdadero tesoro, mujer, pareces feliz pero sé lo que estás sufriendo; estás madurando demasiado rápido. Físicamente no te conocía, sabía de ti, tienes una gran fortaleza espiritual. Pronto te enterarás de algo fuerte para ti, tendrás que

enfrentarlo, no es castigo de Dios, al contrario: te escogió para que le demuestres al dolor que tú lo puedes vencer.

No articulé palabra alguna. Me quedé pensando en el comentario. Lo que me aconsejó debió haberlo deliberado durante días, al menos desde que recibió la invitación para el bautizo. Tuve la intención de preguntarle su nombre, me lo impidió el abrazo que me dio; la sentí afectuosa. Se retiró sin decir más. Alguien la esperaba afuera del salón. Me dirigí a la puerta principal para ver el vehículo que abordaría, me serviría de referencia para investigar de quien se trataba. Me detuvieron unas personas para conversar.

UN AÑO DESPUÉS del bautizo de Alessandro fui a una despedida de soltera de una ex compañera del colegio. Me sentí alegre, jugamos los juegos que se acostumbran para ése tipo de recepciones. Abundaron las bromas y los chistes; muchas ocurrencias para hacer reír a las asistentes a la reunión. Llevé bocadillos y dulces; los refrescos los puso Guadalupe. Éramos quince pero por la bulla parecíamos como cien. Ahí estaba aquella que en el bautizo me comentó algo. Observaba la cara de la futura desposada, expresaba felicidad. Me dio gusto verla envuelta en emociones.

Abundaron los consejos chuscos para la noche de bodas. Tampoco faltaron las recomendaciones de las casadas. La señora del comentario en la fiesta del bautizo se acercó a mí, recargó su brazo izquierdo sobre mis hombros. Con su mano me juntó a su cuerpo, acercó su boca a mi oído derecho, en voz baja me explicó:

—Zalia, te voy a decir algo que debes saber: estás padeciendo la falta de sexo. No me contestes nada, solo escucha... ¡tu marido es homosexual! Quiere aparentar ante la sociedad que es todo un varón, pero no es cierto, es pura apariencia.

—¿Por qué me lo platicas? ¿Cuál es tu intención? —le pregunté mostrando desconcierto.

—Estás sufriendo y no sabes el motivo del comportamiento de tu marido. Aquí todos callan, unos porque le tienen miedo, otros porque se sienten comprometidos por favores recibidos.

—¿Estás segura? —interrumpí.

—Por supuesto, yo también fui víctima de él como tú ahora. Mucho antes que tú estuvieras en los perversos planes de Bladimir yo estuve en una situación similar. Mi novio murió en circunstancias extrañas. Mis papás me mandaron a vivir al norte del país, a Ciudad Juárez, con unos parientes.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Temimos represalias en contra de mi papá —continuó exponiendo—, mi papá estaba resuelto a todo. Se lo mandó decir por medio del cura Teódulo, seguramente se lo hizo saber, ambos se tienen mucha confianza, se comentan todo. Me casé con un diputado, desde que éramos novios le conté la historia. Bladimir supo qué era mi marido, por eso dejó de mandarle recados a mi papá por medio de otras personas. Gracias al poder de mi esposo me atrevo a venir al pueblo de vez en cuando, sin riesgo alguno; por eso estoy otra vez aquí.

—¿Qué me recomiendas? —le sondeé atrayendo su atención.

—Tienes que aguantar lo más posible, hacerte fuerte porque... —hizo una pausa. Prosiguió—: de lo contrario tu familia pagaría las consecuencias. Es un tipo malo, con más poder del que te imaginas. Está metido con la mafia. Es capaz de llegar a donde sea para satisfacer sus venganzas.

Nuestra plática se interrumpía por algarabía de las compañeras de la fiesta. Insistían que hiciéramos coro a los versos que una de ellas compuso.

—El mejor consejo que yo te daría —me dijo la elegante dama tratando de completar el comentario—, es que logres que él ponga propiedades a tu nombre para asegurar tu futuro y el de tu hijo. Por la edad, él tendrá que morir primero que tú... si no es que lo matan antes... Ojalá y no —recapacitó—. A nadie se le desea —concluyó la plática.

Lo que yo acababa de escuchar confirmaba las insanas intenciones del gánster que tenía por marido. Sabía encubrir sus fechorías, era frío y calculador. Tendría que esperar a que el cielo pusiera las cosas en su lugar.

Después que mi hijo se quedaba dormido yo rezaba. Imploraba la compasión de Dios nuestro Señor. Ansiaba un milagro. Mis padres seguían con la idea que yo era feliz. Días enteros con sus noches pensé si le decía o no a Bladimir lo que me habían dicho de sus desviaciones sexuales. Me preguntaba si el comentario compondría nuestra relación o la empeoraría. Me detenía por temor a que hubiera repercusión contra mis papás; me sentiría culpable de lo que pasara.

CAPÍTULO 14

Mi hijo iba creciendo, estaba por cumplir cinco años. Como mamá me sentía realizada; como esposa, usada. Hoy más que nunca creía en Dios. Al pasar el tiempo tomé a Bladimir como el amigo benefactor. Finalmente, a él también le resultaba frustrante utilizar esa doble personalidad. Tenía que fingirle a la sociedad que era un